

6º. Domingo de Pascua. Año B

Lectio divina sobre Jn 15,9-17

Jesús continúa desarrollando la idea de la permanencia en él como *modo y medio de vida* para el discípulo, tras haber utilizado el símil de la vid y los sarmientos (Jn 15,1-8). Aclara ahora que tal permanencia no es inactividad pietista ni dejación de la propia iniciativa: la permanencia exige actuación de sus mandamientos, el amor se expresa en la obediencia puntual. Y es fuente de alegría plena. Y como el mandamiento nace del amor que Dios nos tiene, se reduce también al amor que debemos tenernos mutuamente. Este amor, impuesto por quien nos lo ha proporcionado, no tiene más límite que la propia vida: hay que estar dispuestos a entregarla por los amigos. Quien obedece no es siervo, sino amigo del Amante. No hay mayor felicidad. El cristiano que no se sienta amado, difícilmente podrá intentar amar ni sentirse feliz. Pero prueba que es querido por Dios no quien lo afirma, ni siquiera quien lo desee, sino quien hace su querer, amando al prójimo sin límites, con toda la vida.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

⁹*«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor.*

¹⁰*Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.*

¹¹*Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.*

¹²*Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado.*

¹³*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.*

¹⁴*Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.*

¹⁵*Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.*

¹⁶*No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé.*

¹⁷*Esto os mando: que os améis unos a otros.»*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El evangelista explica ahora teológicamente el símbolo de la vid en una sección que corre paralela a la anterior. La permanencia en Cristo (Jn 15,4) está comprendida ahora como permanencia en su amor, que tiene su origen en el del Padre (Jn 15,9-10). La fertilidad del discípulo (Jn 15,16) alude a la imagen de la vid y los sarmientos (Jn 15,4-6); el éxito de la oración viene afirmado dos veces (Jn 15,7.16). La doble mención del Padre que ama (Jn 15,9) y del Padre que da (Jn 15,16) cierra el párrafo.

El amor, origen y principio de la relación Padre-Hijo (Jn 3,35; 5,20; 10,17), es el motivo y el término de comparación en la relación que ha de existir entre Jesús y sus discípulos (Jn 15,9). El Padre es la fuente del amor que Cristo siente por los suyos, ese amor es, en realidad, reflejo e imitación, del amor con que Cristo se siente amado. La permanencia en esa relación amorosa, intradivina, se consigue con una obediencia concreta (Jn 15,10), como la del Hijo. Lo mismo que para Cristo (Jn 14,31), para el cristiano amor y guardar los mandamientos es una misma cosa (Jn 14,15.21.23). El paralelismo de la formulación potencia la osadía de la afirmación: guardar el querer de Jesús, concretizado en *sus mandamientos*, consigue su querer, visto como *amor*. Cristo conserva el amor del Padre, habiendo conservado sus mandamientos; lo que en Cristo es meta conseguida, es para el cristiano objetivo por alcanzar; la actuación del Hijo es estímulo y fuente de la de los creyentes.

La alegría, bien mesiánico, que Jesús, obediente y amado, siente suya será, entonces, patrimonio completo de los discípulos dóciles (Jn 15,11). Ante un Cristo que se ausenta, los cristianos sabrán conservar la alegría si se aman: la obediencia debida al Señor se identifica con el amor mutuo (Jn 15,12; 13,34); el gozo de vivir acompaña la vida fraterna, hasta que vuelva el Señor. La medida de ese amor fraterno, que no es libre por ser objeto de mandato, tampoco está al arbitrio del discípulo: el amor del cristiano tiene el amor de Cristo como norma y límite. *Entregar la propia vida* alude a la muerte voluntaria de Jesús (Jn 15,15.24). El *como* del amor de Cristo sustenta la obligatoriedad de su mandato y establece sus fronteras. Este amor, por tanto, “es distinto de aquel con que se aman los hombres como hombres” (San Agustín): mientras tenga vida, el cristiano deberá amar a su hermano y puede, incluso que tenga que perderla con tal de no dejar de amarlo (Jn 15,12-13. 1 Cor 13,3; Rom 5,6-8). La disponibilidad para hacer la voluntad del Padre puede llevar, pues, hasta dar la propia vida por los amigos. La alegría del que se entrega por obediencia no queda hipotecada nunca, ni siquiera ante la muerte propia.

La declaración por parte de Jesús que hace amigos a sus discípulos es única en el NT (Jn 15,14; 11,11) y no fue recogida por el cristianismo posterior. La amistad depende no tanto de la obediencia del discípulo, sino de la obediencia del Maestro (Jn 13,1; 17,26). No hay que olvidar que el Jesús joánico ha dado la vida ya por los que ama; criterio de la amistad no es lo que puede sentirse, sino lo que hay que entregar, la propia vida, como Jesús; mantiene

la amistad de Jesús quien permanece siéndole discípulo obediente, es decir, quien como él ama hasta dar la vida por los amigos (cf. Jn 13,36-38; 21,15-19).

Como íntimos que son (Jn 15,15), los discípulos conocen las intenciones de su señor. El siervo recibe órdenes, el amigo, confidencias e intimidad. El criterio que garantiza la nueva relación que media entre Jesús y los suyos radica ahora en la participación de éstos en sus planes, en el conocimiento de su programa, en las confidencias compartidas (cf. Jn 17,26) y no en la igualdad natural o en la opción previa por parte de los discípulos. La iniciativa no ha sido de ellos; aunque tenga que haber reciprocidad, no hay igualdad básica; han sido elegidos y destinados, seleccionados y puestos ante la tarea de dar ante el mundo el fruto permanente: amar al hermano y ser escuchado por el Padre (Jn 15,16). Y puesto que no han elegido ellos, sino que fueron elegidos, porque no son ya siervos sino amigos, porque ya no ignoran sino que saben su destino, se les puede ordenar el amor (Jn 15,17). Ser ya amado impone tener que amar; sólo a quien se le da a experimentar amor puede exigírsele que ame. Para el amado, amar no es tarea impuesta sino necesidad por satisfacer.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Si no fuera porque hemos oído hablar del mandato del amor fraterno con demasiada frecuencia, nos resultaría incómoda, casi insoportable, la exigencia de Jesús en el evangelio de hoy: *Esto os mando, que os améis unos a los otros*. Porque, bien mirado, ¿quién de nosotros se cree que es posible, que sea exigible, amar su prójimo? Parece que a medida que avanzamos en la vida, nos hacemos otra cosa más que acumular desengaños en este campo. Y no es que no contemos con el amor de cuantos no conocemos o que demos por natural la indiferencia de los desconocidos; es que ni siquiera logramos amar a quienes nos aman, como ellos se merecen, como les habíamos prometido. Ni nos sentimos amados por ellos como desearíamos y les hemos incluso pedido alguna vez. Sólo los ilusos y los enamorados prometen o exigen amor fiel. Si el amor al familiar, al conocido, al amigo, se nos hace tan impensable, ¿cómo es posible que Jesús nos imponga el amor al prójimo, al desconocido, al no amado?

Habría que caer en la cuenta que Jesús no exige nada que no haya hecho él antes posible. Quienes debemos amarnos, hemos sido objeto de amor. *Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor*. Antes de tener que buscar al prójimo que amar, Cristo ha salido en nuestra búsqueda, se nos ha aproximado, nos ha distinguido con su amor: *no sois vosotros los que me habéis elegido; soy yo quien os he elegido*. Yendo a nuestro encuentro, eligiéndonos como personas a quienes querer, Jesús nos ha hecho fácil el cumplimiento de su querer: nos bastaría con permanecer en su amor. “¿Es el amor el que hace observar sus preceptos o es la observancia de sus preceptos la que hace al amor?” – se preguntó San Agustín - Y respondía: “El que no ama no tiene motivos para observar los preceptos... No guardamos antes sus preceptos para que él nos ame, porque, si él no nos ama, no podemos nosotros guardar sus mandatos”. No fuimos elegidos por ser ya buenos, somos amados para que logremos serlo.

Aquí, sin duda, está la raíz de nuestra incapacidad para amar. No sabemos amar, creemos imposible el amor a los otros, porque no nos sabemos amados por Dios, porque, sencillamente, no nos creemos posible que Él, todo un Dios, nos ame. ¿O no nos irían de otra forma bien distinta las cosas, pensamos, si le importáramos algo, si nos quisiera un poco tan siquiera? Esta pregunta, que tantas veces nos hemos hecho, esta duda tan normal, es en realidad una reacción desconsiderada para con Dios. Y es que, quizá porque nos imaginamos el amor de Dios según lo que de Él quisiéramos, conforme a lo que creemos nos conviene, nos estemos quedando sin experimentar cuánto nos quiere Él, cuánto nos conviene su amor; sólo porque no entendemos o no aceptamos su modo de amarnos, nos estamos privando de sentirnos amados. Y quien no se siente amado, está incapacitado para amar.

El discípulo de Jesús se sabe amado y sabe cómo permanecer en ese amor: dejándose amar por el maestro amigo, aquél que ha dado la vida por él. Dejando que su querer sea el nuestro, haciendo nuestra su voluntad, no nos extrañaremos de sus exigencias, ni nos acobardaremos ante una tarea, en apariencia, tan imposible como es el amor fraterno. Debemos al mundo de hoy, tan incrédulo en el amor gratuito, tan sediento del amor fácil, sin compromisos que duren ni responsabilidades que no se acaban, el testimonio del amor posible, el amor cristiano, el amor al que Cristo obliga a los suyos, porque se lo tiene demostrado; si no se lo damos, nosotros que nos sabemos amados por Jesús hasta el extremo, ¿quién lo hará?. Sin duda, nuestro mundo, nuestras familias, nuestro corazón, se nos están haciendo más egoístas, más inhumanos, más incrédulos en el amor, porque nosotros, los discípulos amados de Jesús, nos callamos que Dios nos quiere de verdad y quiere que de verdad nos queramos. No se trata ya de saber si podremos o no querernos unos a otros, se trata de que Jesús nos ha querido y quiere que nos amemos: *vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando*.

La amistad de Jesús se consigue, pues, en la obediencia a su voluntad, por utópica e irrealizable que nos parezca. Jesús encuentra a sus amigos entre los que le son obedientes. Antes de quejarnos de su falta de amor, deberíamos examinarnos si nos falta obediencia. No puede soñar con ser apreciado por Dios quien no aprecia su voluntad; no sería lógico esperar que Dios se interese por quien vive desinteresándose de su querer; el amigo se distingue por hacer el querer de su amigo; y porque lo hace, cuenta con él, puede sentirse seguro de él: el obediente a Dios jamás duda de su amor. Cuando dudamos del amor que Dios nos tiene - y parece que cada día, cada situación, nos dan nuevas razones para dudar de él -, estamos confesando nuestra desobediencia.

Lo sabemos por experiencia: el amigo infiel, el amante que no puede guardar fidelidad, son quienes más suelen dudar de la fidelidad del amado. Sucede lo mismo en nuestra relación con Dios: nuestra probada infidelidad nos lleva a sospechar de que Dios no nos es fiel. Nuestra incapacidad para amar al prójimo nos incapacita para sentirnos amados de Dios; como el mal amigo, justificamos nuestra indiferencia por Dios, acusándole de indiferencia. ¿Por qué será que los hombres más obedientes a Dios son también los que se saben sus mejores amigos? No duda de sentir el querer de Dios quien no ha dudado de hacerlo. Todos tenemos, pues, un camino abierto para sentir hoy el amor que Dios nos tiene: *si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor.*

No basta, pues, - aunque ya sería mucho - con cumplir su querer para sentirse queridos por Dios. Jesús distingue entre el amigo y el siervo: ambos hacen lo que se espera de ellos, ambos cumplen las órdenes de su señor; pero sólo el amigo sabe las razones, sólo el íntimo conoce a su señor, no sólo sus mandatos. Según esto, es posible que seamos, más o menos, obedientes, sin que logremos sentirnos nunca amigos. La obediencia que Jesús pide a sus discípulos no es ciega; aunque sea muy exigente, nunca es servil. Jesús no convierte a sus amigos en siervos suyos; su amor no lo consiguen los que viven como siervos, haciendo todo lo que dice sin saber bien por qué tienen que hacerlo. Jesús no quiere tener a su alrededor criados que le obedezcan sólo porque temen desobedecerle; no es un amo implacable, sino el mejor amigo: pide nuestra vida, nuestra obediencia, porque ha dado la suya por nosotros. Busca amigos que confían tanto en él que se atreven a vivir con libertad esa amistad de la que nunca dudarán.

El fruto de la obediencia a Dios es el amor fraterno y el fruto del amor fraterno es la confianza ilimitada en el Dios amante. No sabemos lo que nos estamos perdiendo, perdiendo como estamos nuestro tiempo en tantas ocupaciones y con otras preocupaciones que no son el cumplimiento de la voluntad de Dios: nuestros proyectos no duran ni son oídas nuestras oraciones, porque poco tienen que ver con el querer de Dios. ¿Nos atreveremos a vivir del amor de Dios amando a los que Dios ama? Sería nuestra fortuna, pues cuenta con el amor de todo un Dios quien no le niega a su prójimo el amor que le debe. Y sería, también, la fortuna de Dios, pues vería que, al ser en nosotros su amor más fuerte que la indiferencia o el odio, somos amigos de su Hijo y merecedores de su Amor.